

PROGRESIÓN EN EL CAMINO DE LA LIBERACIÓN

El alumno de la Escuela Espiritual recibe indicaciones muy claras para progresar concretamente en el camino de la liberación; para dar cada día en la práctica un paso más en el camino de salvación. Una de estas recomendaciones es la siguiente: es necesario purificar el corazón. Se dijo: "Quienes sean puros de corazón, verán a Dios". En el lenguaje de la Gnosis esto significa que verán la Luz, pero no de la manera como se la ve con los ojos. El gnóstico ve la Luz porque la luz está en su propio corazón.

¿Qué sentimos cuando recibimos el consejo de purificar el corazón? Esto nos resulta muy conocido, y nos impulsa a lanzar profundos suspiros con resignación. O encontramos que esta recomendación "huele" a moral, humanitarismo, ética. Sin embargo, su lado ético es incontestable. Es una exigencia para la primera etapa del camino, es el escalón más bajo. Pero la ética sobre la que se fundamenta el camino de salvación no es la moral que corresponde a cierta época. Cierta acto o comportamiento que en nuestro país y en nuestra época es considerado moral puede en otro país, en otra época, parecer totalmente inmoral. Sin embargo, existe también una ética intemporal, que surge de lo más profundo de nuestro corazón, de un punto que no ha sido tocado por el tiempo y la cultura.

Purificación del corazón

Es evidente que la palabra corazón nos lleva a pensar en el corazón orgánico, en el músculo cardíaco. Entonces, ¿qué hay que purificar en él? Podríamos pensar en tomar cierta alimentación pura y natural, utilizando lo menos posible productos contaminantes de la sangre, que provocan coagulación y cristalización. Se puede hacer de ello un motivo de estudio que colme su vida. Con ello centramos nuestra atención en lo corporal, en la sangre, en las funciones de la sangre, en la materia.

La pureza corporal, interior y exterior, es sin duda necesaria. Pero nunca es el objetivo principal del gnóstico. Algunas antiguas lenguas poseían una sola palabra para expresar corazón y conciencia. La palabra sánscrita "cittá", por ejemplo, significa "corazón" y al mismo tiempo "espíritu". Por espíritu se entiende la conciencia, el pensamiento, sentimiento y voluntad del hombre.

Purificar el corazón es purificar nuestra conciencia, lo que significa llevar al silencio la tan agitada vida mental, sentimental y activa. El silencio no es eliminación o destrucción. Alcanzar el silencio es conseguir reposo, el reposo interior y exterior, es hacer cesar las agitaciones que, en ininterrumpida reacción en cadena, surgen de la fuente del deseo egocéntrico.

El pájaro que incuba su huevo reduce sus movimientos. Sólo se mueve para buscar su alimento, el resto del tiempo permanece tranquilo. En este reposo nace el calor. Es más que un simple y mero calor material, es el calor en el que se crean todas las condiciones de la vida nueva.

El hombre que recorre el camino de salvación es como un pájaro que incuba su huevo. La purificación, la pacificación de su corazón hace que nazca el calor y en este calor se desarrolla un maravilloso proceso de interacción, en el corazón, entre la antigua vida y la vida nueva, entre el hombre y la Luz.

La purificación del corazón, la pacificación del espíritu humano es requerida a este efecto. Para llevar este espíritu a la pureza, al silencio, es necesario conocerlo, saber de qué recela, qué le pone en movimiento día tras día. ¿Cómo hacer desaparecer las impurezas si las desconocemos? ¿Cómo trabajar si no entramos en el taller y no nos ponemos manos a la obra?

Sólo hay luz en el hombre que trabaja para encontrarla. Esta no surge por sí sola. Si éste fuera el caso, todo ocurriría de forma diferente en el mundo. Es necesario que haya colaboración entre la luz y el hombre. El camino de la liberación no es de sentido único. No podemos decir: ya vendrá la Luz, la Luz lo hará. Recorrer el camino de la liberación es una obra difícil. La Escuela Espiritual no deja duda alguna al respecto, tanto en sus enseñanzas como en sus indicaciones. La Luz sólo ilumina al espíritu silencioso y al corazón puro.

Los tres métodos de purificación

El espíritu humano, es decir, nuestra conciencia, nuestro corazón, se expresa de tres maneras: en primer lugar, por nuestros pensamientos y sentimientos; en segundo lugar, por nuestras palabras, nuestro lenguaje; y en tercer lugar, por nuestros actos. Estas son las tres vías por las que sobrevienen las impurezas del corazón. El alumno gnóstico debe consagrar toda su atención a estas tres vías. A decir verdad, nosotros apenas somos conscientes de la forma en que surgen nuestros pensamientos y nuestros sentimientos.

Ellos son un conjunto de reacciones ininterrumpidas e incontroladas. Por ello, el alumno debe dirigir su atención en primer lugar hacia la segunda vía: hacia sus palabras, su lenguaje, sus conversaciones. Las palabras manifiestan lo que acontece en nuestro espíritu, exteriorizan irremediabilmente lo que vive y se agita, en cierto momento, en nuestro corazón.

Dado que las palabras son audibles -oímos en efecto nuestras propias palabras- esto es lo más fácil de examinar.

Ocurre sin embargo, que puesto que todas estas expresiones proceden del hombre-yo, la mayor parte de lo que vive en nuestro espíritu es impuro, ¡incluso aunque nuestras palabras sean bellas y sutiles! Todo ello sólo es impureza a la luz del corazón. Comparándolo con la Luz verdadera, lo que el hombre terrestre posee de más luminoso y más sutil, sea lo que fuere, sólo son tinieblas. Esperamos que la comprensión de todo ello no les desaliente, sino todo lo contrario; ya que si podemos hacer de ello una experiencia interior, entonces damos un paso inmenso. Y esta comprensión nos vuelve silenciosos. Así pues, en esta segunda vía, vía sobre la cual oímos nuestras palabras y las de los demás, es más fácil adquirir la comprensión de las impurezas de nuestro corazón.

¿No se nos pide a veces que nos callemos? ¡Muy a menudo! Pero hay dos formas de callarse. Existe el silencio que se limita a mantener la boca cerrada, aunque interiormente se vierta un encrespado torrente de palabras, pensamientos y sentimientos. Y hay el silencio que nace de la comprensión y de la experiencia. Escuchándonos atentamente a nosotros mismos, vamos captando mejor lo que enturbia nuestras palabras, lo que significan, los motivos y la emotividad que suscitan.

El hecho de prestar atención, de “escuchar”, es una forma de "obediencia" (*) y por medio de ello muchas cosas cambian. La manera de hablarnos los unos a los otros cambia. Callarse en el verdadero sentido del término no significa no decir nada, aunque también las palabras sean menos abundantes; callarse significa hablar sin que el egocentrismo y los deseos que determinan la naturaleza del hombre-yo terrestre enturbien nuestras palabras. Nuestras palabras son diferentes, ya no provienen de la necesidad de afirmar el saber de nuestro propio ser, de buscar alabanzas y reconocimiento. Ya no regalamos una sonrisa para estar bien vistos por los demás. No mostramos un rostro severo para señalar una seriedad incommovible. Todo el juego alrededor del viejo yo egocéntrico cesa. El verdadero silencio es un bálsamo para el alma, una gracia para la Luz que, emanando de lo más profundo de nuestro corazón, empieza a

expandirse por todo nuestro ser. También es un bálsamo para nuestro cuerpo, para nuestros nervios, para nuestro cerebro, para nuestro corazón en tanto que órgano y para todos los que se relacionen con nosotros.

La ética del silencio

La correcta purificación de nuestro corazón limpia también nuestro cuerpo. Cuando nuestras palabras emanan del silencio, entonces son verdaderas y están exentas de exageración, de mentiras o de alteraciones; la superficialidad ha desaparecido. Están desprovistas de juicio, envidia y enemistad, de ambición y falsa modestia. Las impurezas han desaparecido, todo se vuelve silencioso. Una nueva ética, una ética intemporal sostiene nuestras palabras. Esta ética, que no es realmente nueva sino que simplemente había sido suplantada por el instinto de conservación del yo, emana de la Luz que ilumina nuestro corazón. Es la ética del silencio verdadero. Sólo entonces nuestra vida mental y sentimental, así como nuestros actos, se expresarán correctamente por la primera y la tercera vía. En el silencio, el calor de la Luz se expande.

El gnóstico es un ser silencioso que ilumina el elemento gnóstico de su corazón. El alumno ha adquirido el conocimiento de las tres vías a lo largo de las cuales se manifiesta su ser terrestre, es el primer paso del conocimiento de sí mismo, la Gnosis.

Prestando atención a este conocimiento, “escucha”, obedece, se abre al cambio, a la purificación. El silencio aumenta. El conocimiento nacido de la verdadera Luz se amplía. El alumno se vuelve consciente de esta luz. Es el segundo paso del conocimiento de sí mismo, la Gnosis. Realizado este paso, el alumno gnóstico entra en unión con el gran, Silencio, el Silencio Universal, la gran Luz, llamada Sophia. Es la sabiduría que penetra el universo con su Luz. Es el tercer paso del conocimiento de sí mismo, la Gnosis.

El conocimiento se vuelve vida

Gnosis-Sophia: Conocimiento-Sabiduría. El verdadero conocimiento es sabiduría, conocimiento hecho vida. El gnóstico se conoce a sí mismo. Nada de lo que atañe a su ser le es extraño. Conoce la verdadera naturaleza de su mundo. Ha perdido todas las ilusiones que conciernen a esta naturaleza. Conoce los mundos que se extienden mucho más allá de este mundo; conoce

en la Luz y por la Luz que está en él. Y la Sophia, la fuerza de la sabiduría que lo engloba todo, le permite seguir el camino de salvación, camino que no habría alcanzado con el pensamiento o las palabras.

Gnosis-Sophia, el Conocimiento - Sabiduría, no es un concepto abstracto. Es fundamentalmente una realidad viva. Los Rosacruces clásicos han representado la Sophia por una mujer que engendra una vida nueva, liberadora. La unión con la Sophia, es la toma de contacto con el Espíritu que todo lo engloba; es la inflamación del Espíritu en la cabeza. Para realizar esto, la cabeza debe ser interiormente renovada, iluminada, vuelta silenciosa por el centro gnóstico del corazón. La Sabiduría es estar en camino, en camino a través de los mundos y las esferas, en camino a través del universo, en camino hacia el misterio del gran Silencio. El más mínimo acto de acallamiento ya produce una pequeña chispa de iluminación. Por ejemplo, desenmascarar un pensamiento egocéntrico, no expresar una palabra determinada, renunciar a cierto acto. Se tiene la impresión de dar pequeños pasos insignificantes, pero muchos pequeños pasos terminan por hacer un gran paso. He aquí el secreto de la práctica, ¡dar pequeños pasos y terminar por alcanzar el gran objetivo! Pequeñas gotas que caen regularmente sobre una piedra terminan por socavarla, por vaciar esta piedra del egocentrismo, de las impurezas, del sufrimiento.

Buda, Jesús, todos los grandes gnósticos e iluminados han calificado este mundo de "mundo del sufrimiento". Pero el sufrimiento puede ser aliviado en gran medida. Es una ambición válida, y no obstante, el hombre que ha entrado realmente en el silencio, en la gran paz, reconoce que este mundo es la esfera cósmica del sufrimiento. El sufrimiento personal del hombre nuevo desaparecerá porque éste se eleva en el silencio, en la Gnosis-Sophia, aun reconociendo siempre el sufrimiento como la realidad fundamental de la naturaleza dialéctica.

Una persona que permanece un largo periodo en un lugar donde el silencio es total y luego vuelve al mundo del ruido, sufre en el tumulto del menor ruido. Le duelen los oídos, la cabeza, y padece del sistema nervioso. A una persona que permanece durante bastante tiempo en un lugar totalmente oscuro, le duelen los ojos cuando ve de nuevo la luz del día. El gnóstico que ha entrado en el gran silencio reconoce que este mundo está lleno de ruidos punzantes, luces violentas, gustos toscos, acres olores, duras sustancias, vibraciones desapacibles, que pagan con ingratitud la avidez de todos. Aunque haya vencido el dolor en el Silencio vivo y por él, aunque en principio esté liberado

del dolor, continúa reconociéndolo como una realidad objetiva de este mundo; y ve a los seres y a las criaturas caídas en la trampa del mundo.

El gran silencio, la Sabiduría, la Sophia, engendra la compasión y el amor; así el gnóstico se vuelve hacia sus hermanos y hermanas a fin de ofrecerles su ayuda. Hombre o mujer, realiza un trabajo completamente diferente. En toda circunstancia él o ella ¡ejecuta su tarea! Conocimiento, sabiduría, amor y acción es la cuádruple señal gnóstica. ¡Pueda esta señal iluminar el camino de su vida!

(*) N.T.: en holandés "Gehoorzaamheid", obediencia, proviene de "gehoor", que significa oído. Progresión en el camino de la liberación

